

La respuesta de Mario Figueredo es desoladora: el dinero está a su disposición, pero la cifra que él dejara en ciernes, al marcharse de Cuba, permanece casi en el mismo nivel, y esto no sirve para mucho. Entonces, Capablanca decide regresar a Cuba para no demorar más su estancia en Gijón, hacia donde había derivado en su viaje desde Semmering Baden, con la esperanza de que, antes de abordar en El Musiel la nave que lo conduciría a Cuba, llegara alguna invitación para jugar a otro torneo.

Los meses siguientes continúan con el acrecentamiento de sus molestias físicas, que se extienden a una incipiente afección del hígado que, por suerte para él, no pasa de ser la consecuencia tardía de sus viejos hábitos alimentarios, que el doctor Gómez corrige de plano. La hipertensión se mantiene fluctuante, enrojeciéndole el rostro alguna que otra vez, e hiriéndole los oídos con un zumbido agudo, de fatales premoniciones, o desvaneciéndolo, de improviso, en los lugares menos pensados, en unas crisis que, no por poco intensas, y fugaces, dejan de ser peligrosas.

El año de 1938 lo abre con una victoria rotunda en torneo de reacondicionamiento que juega en París, del que se marcha con la columna de las derrotas en blanco: seis partidas ganadas y 4 tablas. Su ruta lo conduce hasta Amsterdam, de donde lo solicitan para participar en el torneo que, cada año, organiza la mayor emisora radial del país, la **Algemeen Vereniging Radio Imroep**, cuyas siglas, AVRO, son las que identifican la competencia. Pero, en la ciudad anfibia, que emula en belleza marítima y humedad con Venecia, no le va a Capablanca todo lo bien que él necesita, desplomándose al séptimo lugar de la tabla. El frío congelante del invierno no resulta suficiente para aliviar la congestión del cerebro de Capablanca, que se resiente, reiteradamente, de las subidas bruscas de su presión arterial, y ni siquiera las aplicaciones de agua helada a que se somete, como una terapia intensiva encaminada a aliviarle el dolor, el embotamiento del cerebro y la turbiedad de sus pensamientos, consigue mejorarlo. A Fine está a punto de ganar los puntos de las dos partidas que juegan, y con Aliejin le ocurre otro tanto en la segunda de ellas. Es una especie de incapacidad intelectual, que lo atormenta, sobre todo, porque está consciente de que no es la consecuencia de un deterioro irreversible de su capacidad, sino el resultado de la enfermedad ya irremediablemente crónica.

El fracaso tan sonado en AVRO sume a Capablanca en una suerte de aletargamiento morbosos, que le corta el ánimo y lo reduce, en lo que a proyectos se refiere, a la mínima expresión. En sus conversaciones con los amigos no cesa de lamentar, con ahincada